

LA MUJER Y LA LITERATURA

¿Amiga o enemiga?

Desde BRUSELAS.

«Y Dios eterno dijo: no es bueno que el hombre esté solo; le daré una ayuda semejante a él» — (Génesis, II; 18.)

I

QUE es lo que no se ha dicho contra la mujer! ¡Cuántas imprecaciones la han dirigido los pensadores, los filósofos y los poetas! Si verdaderamente debiéramos aceptar todo este glosario, deberíamos también, siguiendo los pasos de los detractores del feminismo, proclamar con ellos que la mujer es el origen de los males que sufre la humanidad.

Quizá no es inútil recordar como prólogo de este estudio algunas opiniones emitidas sobre la mujer por espíritus cultos, de los cuales algunos hasta han tenido la pretensión de creerse dotados de liberalidad.

La concordancia de las recriminaciones comienza en la cuna de las sociedades y las hijas de Eva reciben así una desdichada consagración, de la que no podrán alejarse en el transcurso de los siglos.

* * *

“He hallado un hombre entre mil, pero no he encontrado una mujer entre todas”, nos dice el **Eclesiástico**. Por esto, cuando Job se lamentaba de las desdichas de la vida y de la vileza del hombre, no se sorprendió mayormente y se consoló en seguida diciendo: “¿Cómo podría ser puro el nacido de mujer?” El mismo tema será predilecto de Baudelaire al indignarse contra la naturaleza, “que se vale de este vil animal para formar un genio”.

Durante los pasados siglos, las injurias no han dejado de zaherir a la mujer, la cual, no obstante, ha conservado

su orgullo contra este asalto de invectivas...

En “**Andrómaca**” ya hallamos una maldición de Eurípides: “Lo confieso, se ha sabido encontrar remedio contra las mordeduras de las bestias feroces y de las serpientes, pero contra la mujer, mal más cruel que el incendio y que la víbora, no se ha hallado hasta ahora remedio alguno.” Plauto no es menos hostil: “Quien desee darse gran quebradero de cabeza, que busque dos cosas: un barco o una mujer. Son, en el mundo, los dos elementos más difíciles de equipar.” Sócrates, sin ensañarse demasiado con el sexo débil, escribió con serenidad: “No le falta, para igualar al hombre, más que un poco más de inteligencia y de vigor”. Séneca no anda con remilgos y, malévolo, se autoriza a preguntar: “¿Existe un solo marido que tema la muerte de su esposa, por virtuosa que sea, y que no cuente sus años para saber cuando podrá verse libre de ella?”

He aquí ya un buen ramillete de pensamientos de los detractores femeninos, pero no podemos todavía detenernos en este jardín que viene floreciendo desde la aurora de las sociedades...

Pero el libro que bate el record de la animosidad contra la mujer es la Biblia, en numerosos capítulos; y para no ser tachado de parcialidad, cito lo que hallo en la primera epístola a los Corintios: “Por lo que se refiere a la mujer, os diré que es ventajoso para el hombre no tocarla.” Hay que confesar

que no es muy lisonjero para la mujer el que sea considerada igual a los animales domésticos, como propiedad marital, según lo dice el sexto mandamiento de la Iglesia: "No desearás la mujer de tu prójimo, ni su casa, ni su servidor, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que le pertenezca." Además, San Pablo añade en su primera epístola a los Corintios: "Que vuestras mujeres se callen en las iglesias, porque no les está permitido hablar en ellas".

El Corán no fué más galante que su hermana la Biblia y tomando autoridad en la máxima de que "la mujer formada de la costilla del hombre es un hueso naturalmente curvo que no puede enderezarse", el mahometano brutaliza a su mujer, porque él es considerado como su mujer, porque él es considerado como masculino superior en el sagrado libro, en el cual también se aprueba el matrimonio por compra.

"La mujer ha sido el principio del pecado y es por ella que todos perecemos", tal es el último anatema que citaré del *Eclesiástico*, proclamando que la mujer es siete veces impura.

Que, por consiguiente, la teología, inspirándose en estos textos, condene a la mujer, no es nada sorprendente. Así, las diatribas las más virulentas, por la pluma o la palabra de Tertuliano, Clemente de Alejandría, San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín y otros santos varones se ceban en la que se llamó "ayuda semejante al hombre"... Bestia furibunda, anzuelo del diablo, encarnación del demonio, bosque de orgullo, instrumento del infierno, víbora furiosa y otros no menos amables, son los epítetos lanzados a la mujer para el placer del hombre.

Como puede verse, los Padres de la Iglesia no fueron muy tiernos con el bello sexo y uno no puede menos de meditar concienzudamente, como lo hicieron los graves teólogos en el concilio provincial de Macón, en el siglo VI, sobre la existencia del alma en la mujer

...Séanos permitido no participar del juicio de esta ilustre asamblea y dejemos la iglesia y sus opiniones a las diversas interpretaciones, que han sido causa de apasionadas discusiones entre sus defensores y detractores.

Interroguemos a algunos escritores y poetas:

El autor de "Gargantúa y Pantagruel" en uno de sus libros ha escrito: "Cuando digo mujer me refiero a un sexo tan frágil, tan variable, tan caprichoso, tan inconstante e imperfecto, que me parece que la naturaleza se desvió de este buen sentido con el cual había creado las demás cosas, cuando hizo a la mujer..." Y Tomás Morus, apoyando a Rabelais, emitía este pensamieto tan poco agradable. "Es igual que si tuvieseis una bolsa llena de serpientes, entre las cuales hay una anguila... No es imposible que la saqueis de ese montón, pero es más probable que os engañeis cien veces, mil veces... y siempre retiraréis la mano con una nueva mordedura..."

La Bruyère, sin exagerar, como lo hicieron los dos autores que acabo de citar, no escribió más que esto: "Hay tan pocas mujeres perfectas, que ellas no pueden impedir a un marido de arrepentirse, por lo menos una vez por día, de tener una mujer o de considerar feliz al que no la tiene".

En los autores modernos hay que hacer una elección más minuciosa, pues si no, las citas se multiplicarían hasta lo infinito.

Balzac faltó de delicadeza al escribir: "Hay siempre un célebre mono en la más bella y angélica de las mujeres." Y paso por alto Marivaux y Stendhal para detenerme en Napoleón, que en sus "Memorias de Santa Elena" escribió: "La mujer se ha dado al hombre para que críe hijos; es nuestra propiedad, pero no somos la de ella. Es la propiedad masculina, como el árbol es la propiedad del jardinero".

Este "animal de cabellos largos y de ideas cortas" no fué menos considerado por Schopenhauer, Nietzsche y Renán. Proudhon llegó hasta afirmar que "la mujer es una especie 'de término medio entre el hombre y el reino animal.'"

Pero no solamente es el elemento masculino el que emitió ideas más que groseras; las mismas mujeres han tenido la extraña paradoja a veces de denigrarse ferozmente.

Madame Girardin, mofándose de los hombres, pensando en la virtud de las mujeres, escribió: "La virtud de las mujeres es la más bella invención de los hombres". Y. G. Sand escribió a Flaubert: "Sé que lo femenino nada vale".

Rachilde ha reaccionado contra esta idea tendenciosa de hacer de la mujer una víctima exclusiva del hombre: "Hay que terminar con todas las leyendas di-

vulgadas secularmente sobre la eterna víctima. La eterna víctima es el hombre; no es muy superior a su noble compañera como inteligencia y como ambición, pero así y todo, pretender robarle todavía, en nombre de una nueva moral, la poca libertad que posee en relación con nosotras, esto sobrepasa un poco los límites de las picardías diarias."

Tales son en el concierto de los reproches acumulados por los pensadores, filósofos y poetas, algunas opiniones escogidas que, ciertamente, nos dejarán adormecidas y un poco escépticas ante las declaraciones apasionadas de los Don Juanes de ayer y de hoy...

Hem DAY

Bruselas, febrero de 1932.

(Tradujo del francés: Costa ISCAR.)

A UN SOLDADO

*Tu arma infernal de nada sirve,
rómpele en el muro más cercano;
el fusil es el peldaño en que se alzan
los que nunca debieran ser humanos.*

*Deja el arma que nada sirve;
ofrécete a la tierra, que en tus años,
mejor empuñadura que la espada
la tiene cien mil veces el arado.*

*Eres joven, y embaucado te sujetas
a la imbécil mansedumbre del soldado.
La Patria necesita de más héroes.
¡Y tú te envileces siendo esclavo!*

F. BUSTO